



Mayor LUIS ERNESTO CORTES AHUMADA

EL ALTAR DE LA PATRIA

Cerca, escasamente a un kilómetro de distancia de la apacible ciudad de Santa Marta y en un oasis de paz aureolado por un halo de grandeza se encuentra San Pedro Alejandrino.

Todo inspira recogimiento, respeto, éxtasis ante la memoria del Genio de la Patria. La amplia avenida bordeada por airosas palmeras enmarca la patriarcal hacienda que recogiera el último suspiro del Libertador, y muere ante el monumento a la gloria de Bolívar. Este, levanta su estructura de paredes blancas y líneas severas y sencillas para contener el mármol del Santuario.

Traído de Carrara, su concepción es un tributo al héroe. En un primer plano una hermosa estatua de mujer vestida con larga túnica representa a Colombia; la Patria es victoriosa y pisa el yugo de la tiranía y de la esclavitud. En su mano derecha levanta el libro de las leyes y en su izquierda un haz de espigas, significa la unión constituyendo la fuerza. Al pie, una pira de la cual brota la llama del fuego sagrado. A la izquierda la diosa de la fortuna, manifiesta la riqueza y domina un león para significar que la abundancia conlleva el poder y la fuerza.

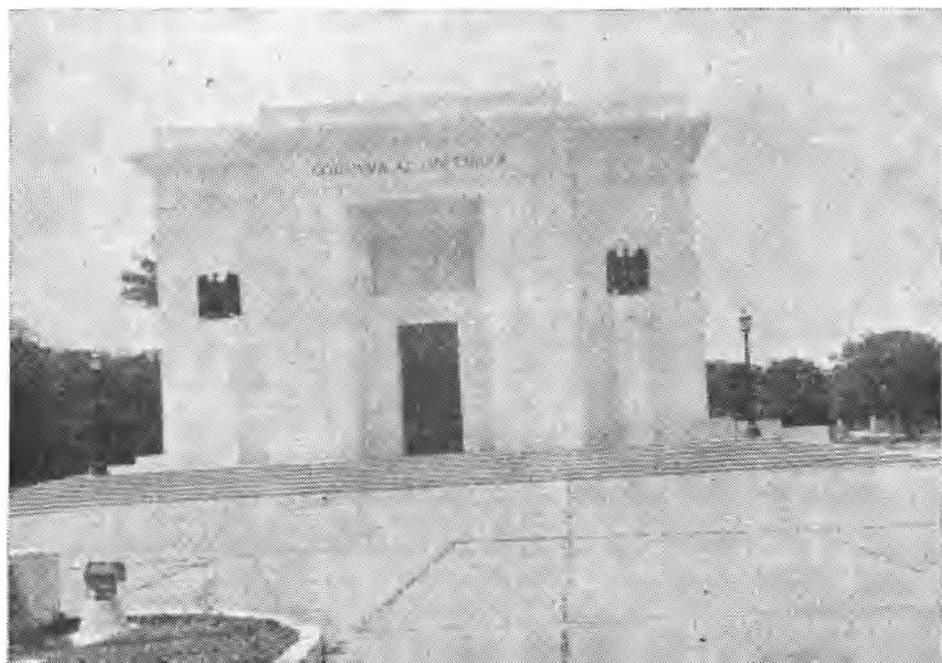
Formando un tercer plano en la proyección hacia la cima se sitúan el ángel de la paz y el ángel de la guerra. El primero ofrece una cornucopia rebosante de frutas que indica los beneficios del trabajo por medio de la paz. El segundo apoya sus plantas sobre un cañón y empuña en su mano

la espada a la vez que dirige su mirada altiva en expresión de ofrenda al genio de la guerra. Bolívar, en un cuarto plano con la mirada serena y la expresión tranquila cruza su amplia capa sobre su atuendo de Soldado y desde allí imprime su sello de protección a Colombia, y acepta el tributo de la fortuna, de la paz y de la guerra.

Las paredes blancas albergan placas en mármol gris como testimonio de los países Bolivarianos y sostienen laureles de metal dorado.

El monumento se yergue solitario e imponente al final de la Avenida y rubrica de grandeza el paisaje que domina.

Rodeada por centenarias y gigantescas ceibas y en medio de un lujoso y cuidado jardín se levanta la vieja casona hoy restaurada que fue conocida desde su fundación como "San Pedro Alejandrino". Perteneció inicialmente al canónigo español Don **Francisco Godoy y Cortesía**, con una extensión de 200 hectáreas cultivadas en buena parte con caña de azúcar que procesaban allí mismo en el trapiche de la hacienda. Su tercer propietario el Coronel Don **Joaquín de Mier**, Jefe de las Milicias Nacionales en Santa Marta, la adquirió por \$ 11.000.00. En la capilla de la hacienda se encuentra la imagen de San Pedro de Alejandría llevada allí por





el canónigo Godoy y hoy descansan los restos del Dr. **Próspero A. Reverend**, a quien cupo el honor de atender en su última enfermedad al augusto enfermo.

En la habitación del dueño de la hacienda pasó Bolívar sus postreros días. Habiendo salido de Bogotá hacia Honda, el 8 de mayo de 1830, llegó a Cartagena con miras a seguir su viaje a Francia. Con todo, circunstancias pecuniarias y de diferente índole lo obligaron a permanecer cinco meses en Cartagena, tras lo cual y ya decaída su salud viajó a Barranqui-

lla donde permaneció veintiún días en casa de Don **Bartolomé Molinares**, tras de lo cual por invitación del Coronel Don **Joaquín de Mier**, viajó a Santa Marta. La corta travesía en el Bergantín Manuel, precipitó el desarrollo de su enfermedad la que ya tenía en un estado avanzado hasta tal punto que al tocar tierra en Santa Marta hubo de ser bajado en silla de manos aquel 1º de diciembre de 1830.

Cinco días más tarde fue trasladado en la berlina, que aún se conserva como reliquia, hasta la hacienda de su anfitrión, ante el deseo del enfermo

de aspirar el aire del campo. Sin embargo, su fin ya se presentía y solo los cuidados permanentes y solícitos del Dr. Reverend, mantenían la confianza de Bolívar. Su cerebro, sin embargo, se mantenía todavía lúcido y en sus contados días produjo documentos trascendentales que reflejan la visión del poeta, la preocupación del estadista y la concepción del genio.

Su alma vibraba ante el esplendor de la naturaleza y su sensibilidad se traducía en párrafos de innegable belleza:

“Ha llegado la última aurora. Tenga al frente el mar Caribe azul y

plata agitado como mi alma por grandes tempestades. Tras de mí el macizo gigantesco de la Sierra con sus viejos picos coronados de nieves impolutas como nuestros sueños de 1.805. Sobre mí el cielo más bello de América, la más profusa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz”. Era el poeta que exaltaba la paradisíaca visión de uno de los lugares más bellos de la Patria.

El día 10 de diciembre se manifiesta el estadista y el genio cuando redacta su proclama a los colombianos. Aún electrizan nuestras almas las últimas palabras de este documento:



“Colombianos, mis últimos votos son por la felicidad de la patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

Cuenta su médico el Doctar **Reverend** que al leer su proclama el día mencionado, en su lecho de enfermo y ante la mirada ansiosa del pequeño grupo de amigos que lo acompañaban, su voz se quebró de angustia y repitió “Sí el sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero les perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos”.

El visitante no puede menos de sentirse cohibido y respetuoso ante la memoria del héroe.

Se conserva la cama donde pasó sus últimos momentos y recibió los Santos Oleos traídos por el humilde

cura de la cercana aldea de Mamatoco.

Allí cerca está la mesa donde le hicieron la autopsia, el reloj de pared que marca la hora en que al exhalar el último suspiro a la una de la tarde del 17 de diciembre fue parado por el General **Mariano Montilla** uno de los amigos presentes del Libertador. El escritorio en que firmó su testamento, el sombrero napoleónico que usó en muchos actos de su vida. Un rizo de sus cabellos cortado a la hora y cuarenta minutos de su muerte a más de multitud de ofrendas y placas conmemorativas contenidas en otros salones, son detalles que compenetran al visitante de la mística y del recuerdo del Libertador de cinco países.

Es “El Altar de la Patria”.

